

EVOCACION DE JENARO PRIETO

EL DIARIO ILUSTRADO.—DOMINGO 1.º DE FEBRERO DE 1948

Lautaro García

E L 5 de este mes se cumplirán dos años de la muerte de Jenaro Prieto. Recién ahora puedo evocar con relativa serenidad la figura espiritual del incomparable amigo perdido. O mejor dicho sólo hoy, después de pasados más de setecientos días de recordar incansante, puedo encontrar las palabras tranquilas para hablar de él, sin que el sentimiento íntimo me traicione y ellas se conviertan en una prolongada elegía. Tan fuerte es la supervivencia de su alma entre todos sus amigos y los compañeros de esta casa periodística.

Para dominar la emoción pienso en la entereza con que siempre Jenaro Prieto filosofaba sobre la muerte y el horror que le tenía a la tristeza. Como Amado Nervo, uno de sus poetas favoritos, pensaba que "es pecado estar triste". Por eso durante toda su vida encubrió con su ingenio inagotable sus tribulaciones interiores. Buen ejemplo me dió a lo largo de más de veinticinco años de convivencia, que no alteró ni la sombra de una desavenencia, de su dominio ante el dolor. En ese ejemplo me apoyo ahora, no muy seguro de mi fortaleza. Su jovialidad y su aguda intuición para descubrir el lado humorístico de los hombres y los hechos siempre le defendieron de "la pesadumbre de la vida consciente" de que habla otro de sus poetas preferidos, Rubén Darío.

Bien sé, que donde quiera que se encuentre, su espíritu no le conformará que lo recuerde sentimentalmente. Parece que su sombra, detrás de mí mientras escribo, me toca la espalda para advertirme que estoy faltando al compromiso, cada vez que me deslizo hacia la tristeza.

JENARO PRIETO, ESTUPENDO EJEMPLAR HUMANO

La frase no es mía. Así le definió el argentino Alberto Gerchunoff. Estupendo sin duda por las dimensiones de su hombría, su cordialidad, la estirpe de su ingenio. Nunca he conocido, y ya no conoceré, a un hombre de corazón mejor puesto en el pecho. Jenaro nunca sintió animadversión personal, no guardó rencor, ni siquiera experimentó antipatía, por una persona determinada. Vivió limpio de odios. Sus relaciones fueron siempre de carácter ideológico. Defendió con ardor sus creencias y sus doctrinas. Y llevado por su temperamento, ese ardor se transformó siempre en ironía y humorismo, disolviéndose por último en risa. Su bondad no tenía límites. La comprensión humana que lo hacía doblegarse sin orgullo y lo llevaba a veces a la más extrema transigencia, lo presentaba más blando de carácter de lo que en realidad era. En el fondo era un hombre de gran voluntad; pero su fina sensibilidad ante el dolor y el sentimiento ajenos le hacía aparecer como fácil de ser dominado.

En este aspecto de su personalidad muchos de sus amigos lo juzgaron erradamente. Tanto como se equivocaban sus enemigos cuando los pinchaba su agudo ingenio periodístico. Los primeros creían que le influenciaban y le hacían decir lo que ellos querían, dirigiéndole sus ataques. Lo que sucedía era que Jenaro por no contrariar, y para darle gusto a un amigo, era capaz de afrontar la malquerencia de cualquier señor, poniéndole en solfa, aunque en el fondo le fue

ra hasta simpático. Como a él los ataques y puyazos de sus adversarios lo dejaban indiferente y los olvidaba a la hora de haberlos leído, creía que los demás reaccionaban de la misma manera.

Cierta vez llegó al diario muy confundido porque en la calle había saludado afectuosamente a un escritor que pocos días antes había escrito un largo artículo en su contra.

—Qué habrá pensado Fulano — Comentó mordiendo su eterna pipa. Pero la verdad es que me había olvidado completamente del asunto.

Los que no le conocían bien creían que era tan burlesco y mordaz que no se detenía en ninguna consideración humana para satirizar al prójimo. Nada más ajeno al sentir secreto de Jenaro. Nunca escribió sobre alguien sino fué para criticarle como gobernante, político, literato o artista. No empleó su pluma sino contra los aspectos anti legales, las ideologías, doctrinas políticas y las escuelas literarias de los hombres públicos y los escritores. Jamás trató de herir a nadie en sus sentimientos íntimos, en su vida afectiva y privada. Era demasiado caballero para ofuscarse y dejarse arrastrar por la pasión pasando por sobre la barrera que le imponía su hidalguía. Si alguna vez su humorismo hirió a alguien fué sin que él se lo propusiera. Tan penetrante y certera era su fuerza satírica que sus aforismos, observaciones y ocurrencias solían ir mucho más allá de sus intenciones.

Para explicar esta aparente contradicción entre la bondad y la ironía ca-

racterísticas del temperamento de Jenaro, hay que considerar otro aspecto psicológico de los muchos que lo singularizaban. El autor de "El Socio", estaba desposeído por completo de vanidad y de orgullo. No se dió nunca pujos de hombre superior y dudaba del valor de su literatura. Sin duda el pan de su alma lo amasaba con levadura franciscana pues con la misma humildad escuchaba pacientemente a cualquier majadero intelectual que le hacía reparos a su obra, como recibía los más altos elogios aminorándolos con alguna de sus agudísimas "salidas". Vaya ésta, tan típica de su rápido mecanismo mental.

Al regreso de su viaje al Oriente, Rodrigo Aburto le contó que en Mukden había encontrado a un misionero que tenía un ejemplar de "El Socio", en francés, y que le había declarado que para él su autor era uno de los primeros humoristas de nuestro tiempo. "Con razón lo han mandado tan lejos, a la Manchuria", — fué la pronta respuesta de Jenaro.

Esta contestación no encerraba para Jenaro ninguna gracia porque en el fondo lo pensaba así, seriamente. Como juzgaba a los demás tan humildosos como él, algunas veces los hería sin querer. Por esa misma razón era el primero en celebrar el ataque que le hacían desde otra barricada periodística cuando era de buena ley humorística. En cambio, si carecía de calidad hasta llegaba

a entristecerse por la inepticia del adversario. "Pobre, comentaba con tono dolido como si tratara de un amigo, no se le ocurrió nada mejor".

La personalidad íntima de nuestro compañero estaba formada por grandes contrastes. Su bondad humana se contraponía a su causticidad; su segura retentiva de lo plástico — para él existía la realidad objetiva y era un magnífico experto pictórico — aparecía opuesta a su proverbial distracción. La suya era una crónica distracción a lo inventor y lo sabio.

Jenaro Prieto pasó por la vida gozando y sufriendo con todo por su fina sensibilidad de artista; pero al mismo tiempo caminaba hondamente abstraído. Su sentido de la realidad era muy relativo, y por consiguiente tampoco tenía desarrollado el de la orientación. Si corrientemente daba la sensación de estar ausente del lugar donde se encontraba, nunca sabía bien el camino que recorría. No reconocía por su nombre sino a contadas calles de Santiago — las grandes avenidas, las calles del centro y la de la casa en que vivía —; y a menudo se perdía en la ciudad. Una vez lo encontré dando vueltas por la Plaza Brasil "Qué a tiempo te encuentro, me dijo, para que me digas por dónde puedo salir a la Alameda".

Sumido en sus imaginares — casi to-

dos de orden pictórico y algunas veces literarios — caminaba con paso muy rápido; pero sonambulescamente. Cuando hablaba daba la impresión de estar mirando y pensando por sobre las cabezas de los que lo rodeaban, lejos. Miraba sin ver; escuchaba sin oír. Aquí salta otra contradicción suya. Gozó fama, muy merecida por cierto, de mal fisionomista. (Hay anécdotas al respecto que tocan los lindes de lo inverosímil como la que narraré en seguida). Y, sin embargo, reconocía al primer golpe de vista al modelo y al autor de cualquier cuadro clásico. Para estas identificaciones tenía una facultad estupenda, tan estupenda como su memoria. Pero ésta también merece comentario aparte.

Vamos a la anécdota. Durante más de un año estubo trabajando en la secretaría de "El Diario Ilustrado" un excelente amigo que se hizo querer de todos por su carácter. Jenaro hizo muy buenas migas con él. Un día dicho periodista accidental y político de temperamento, fué nombrado gobernador en el sur y se marchó a su gobernación. Después de unos dos años vino a Santiago y una de sus primeras visitas fué al diario donde todos lo recibimos con gran cordialidad. Estábamos conversando con él cuando Jenaro entró a la sala de la dirección. Nuestro amigo gobernador se adelantó a saludarlo efusivamente. Jenaro frunció primero sus ojillos vivaces, se sacó la pipa de la boca sosteniéndola luego a la altura de las cejas y por último dibujó como pudo una sonrisa recíproca a la de quien le abrazaba tuteándole.

Bien a las claras le conocimos que no sabía quien lo saludaba. Entonces Rodrigo Aburto sacándole a un lado le preguntó maliciosamente: — "Oye, Jenaro, ¿quién es este tipo tan confiado que nos ha tuteado a todos, y yo no lo conozco?". "Mira, le contestó Jenaro. Yo tampoco sé quién es; pero su cara me es muy conocida y estoy seguro de ser amigo suyo".

Así era de mal fisonomista aquel hombre que nunca olvidaba el bello modelado de un cuadro o los motivos versos de un poema. Sin embargo, los miles de personas que estrecharon su mano y muchas más que no tuvieron trato personal con él y que fueron sus admiradores — el autor de "Un muerto de mal criterio", gozaba de una inmensa popularidad — no podrían quejarse de una falta de atención suya. Para esto tenía un sistema seguro. "A toda persona que me mira con cierta fijeza yo la saludo inmediatamente —, decía muy serio —, por si acaso la conozco". Gracias a este sistema tenía miles de amigos desconocidos. "Nada se pierde con sacarle el sombrero a quien pasa —, agregaba —; si es amigo de verdad, uno cumple con él; y si sólo me mira por curiosidad agradece nuestro saludo o se explica nuestra equivocación".

Otra cualidad humana de Jenaro, derivada de su mismo gran corazón, era su generosidad y espíritu caritativo. Ayudaba a mucha gente venida a menos o en situación difícil con mesadas fijas; y era también víctima de una legión de pediguños y cuenteros para la cual siempre tenía el bolsillo abierto. Cuando se le observaba que la mayoría de ellos eran vulgares "sablistas" que explotaban su buena fe, respondía: — "Sin duda muchos me cuentan el cuento; pero con que haya entre ellos un diez por ciento que en verdad merecen ayuda, me doy por satisfecho".

Más arriba he hablado de los enemigos de Jenaro. En realidad no los tuvo porque nunca se sintió herido por los ataques periodísticos o los juicios adversos de algunos de sus colegas escritores que no le perdonaban que fuera el novelista chileno cuya obra estaba más difundida en el extranjero. Cada vez que llegaba la noticia de que "El Socio" había sido traducido a un nuevo idioma trataba de que no fuera publicada. Se sentía como avergonzado de obtener tantos y positivos éxitos sin haber hecho nada por lograrlos. "No le den mucha publicidad a la cosa, pedía confundido, porque se van a molestar más de alguno de mis colegas de letras y me van a pelar de lo lindo".

Los que tuvo el autor de "Pluma en ristre", fueron sólo adversarios políticos, a algunos de los cuales puso en evidencia o les quitó el falso prestigio adquirido con sus incisivos comentarios sobre sus personalidades o sus actuaciones públicas. Conociendo su despreocupación y lo que podría llamarse su arrojo moral, algunos de sus ataques más mordaces los escribió presionado precisamente por correligionarios de los mismos atacados que se valían de su blandura y su ánimo despreciativo haciendo al autor responsable de lo que ellos no se atrevían a decir.

Jenaro nunca pensaba en las consecuencias que le podían acarrear sus finas sátiras. Su valentía moral estaba de acuerdo con la que poseía físicamente. Cierta vez, cuando era diputado, un colega que había sido víctima de uno de sus regocijados artículos, al verlo pasar comentó en un corrillo entre airado y perdonador:

—Yo le exigiría explicaciones a este patillado cobarde; pero que saco, cuando los beatos no se batan.

Rápido y decidido Jenaro se dirigió

al provocador.

—Ud. se equivoca, señor. Yo soy de los beatos que se batan. Ya lo sabe Ud.

Con muy buen sentido el señor diputado no exigió otras explicaciones porque Jenaro no habría retrocedido; y si hubieran llegado a batirse, estoy seguro de que habría disparado al aire.

JENARO, ESCRITOR Y ARTISTA

El autor de "El Socio", "Pluma en ristre" y "Un Muerto de Mal Criterio", ~~no se sentía con vocación de escritor~~. La literatura no tuvo para él llamado de sirena, ni el escribir le fué oficio grato. El éxito de librería de sus obras cuyas ediciones se agotaban unas tras otras; las sucesivas traducciones de la primera de esas novelas al francés, el inglés, el alemán, el yugoeslavo, el italiano y varios idiomas más; las tentadoras ofertas de casas editoriales extranjeras por las obras que pudiera escribir; así como los derechos de autor que ganó por las adaptaciones cinematográficas de la celebrada novela, que se hicieron en Inglaterra, Francia, Italia y Méjico no lograron despertar sus ambiciones literarias.

Parecía que tomaba la pluma sólo para responder a un tácito compromiso que le crearan los miles de lectores que admiraban su talento de humorista. Si adoptaba la decisión de hacer un libro era cómo para no defraudar esperanzas. De la misma manera cuando salió de humanidades estudió leyes y se recibió de abogado, — profesión que nunca ejerció —, para satisfacer los deseos de su padre.

El violín de Ingres de Jenaro fué la pintura. Si para escribir hubiera tenido la dedicación y el gusto que sentía por las artes plásticas en general — indistintamente hacia apuntes paisajísticos del natural, pintaba cabezas y dibujaba asuntos de composición, o modelaba pequeñas figuras, con preferencia "negras" con cuyas siluetas llenaba carpetas de croquis —, habría podido dejar una vasta obra literaria. Pero el escribir era para él casi un tormento. Rara vez lo vi emprender una obra con esa especie de fiebre intelectual que se apodera del novelista o el dramaturgo cuando se va liberando por medio de la expresión escrita de los personajes y sus conflictos. Por el contrario, la composición pictórica de una cueca, por ejemplo, lo absorbió durante años. Hizo miles de croquis del asunto. Si en el taller pintó innumerables bocetos, en su cocina del diario, o donde tuviera diez minutos que esperar, sacaba el atado de cuartillas que siempre llevaba consigo y, a lápiz o pluma, se ponía a dibujar diminutos grupos de bailarines de mantita y espuelas y bailarinas de largas trenzas y polleras de percal.

El hombre es un enigma y el de Jenaro como temperamento de escritor nunca lo pudimos aclarar. No daba ninguna importancia a las obras que había escrito; y en cambio mostraba con ufania las cabezas que pintaba y sus trabajos decorativos en laca. Se quejaba de sus dificultades para concluir un artículo; y, sin embargo, tenía una gran facilidad de concepción y cuando contaba sus temas presentaba los personajes con una riqueza inagotable de atributos psicológicos, poniéndolos frente a las más inesperadas y paradójales situaciones.

Examinando sus facultades de escritor surge otro aspecto desconcertante de su talento. A pesar de que en su juventud había sido hombre de severas disciplinas intelectuales, — conocía muy bien su Cervantes, su Lope de Vega, su Tirso y demás clásicos del idioma y ayudado por su admirable memoria recitaba romances castellanos antiguos y

versos de los románticos y los modernos españoles y americanos durante noches enteras, — el autor de "El Socio" no demostraba en su prosa su conocimiento de la lengua castellana. Su estilo se caracterizaba por cierto desaliño de la

forma, al mismo tiempo, que por una ausencia casi absoluta de afán retórico. Sus páginas tenían una llaneza de buen conversador que "sabe contar su historia", que es para Bernard Shaw el requisito esencial del escritor. Sin duda la cualidad más acusada de su pluma era la originalidad de sus argumentos novelescos. Los perfiles contrastados, a contrapelo con la realidad en que actuaban, de sus personajes, y la riqueza de episodios paradójales dan a las dos novelas que dejó un clima de la mejor ley de humorismo. Sus tipos viven dentro de la relatividad de la verdad y la mentira, y se debaten entre la ficción que ellos convierten en realidad de sus vidas y la otra realidad de toda la gente, que no pueden aceptar porque para ellos es falsa.

Por este conflicto entre la ficción y la realidad que explotó con genial intuición en sus libros, se han señalado similitudes entre el temperamento de Jenaro Prieto y el de Luigi Pirandello. En efecto, existen muchos puntos de contacto entre la manera de ver el mun-

do y de hacer reaccionar a sus personajes que tiene nuestro autor y la filosofía del gran escritor siciliano. Pero me consta que Jenaro, poco curioso en materia de lecturas nuevas, sólo vino a conocer a Pirandello mucho después de haber escrito sus dos novelas ya tantas veces mencionadas en esta evocación.

Como careció de ese fervor necesario para una creación literaria continuada su labor fué intermitente, espaciada en largos años en que sólo escribió sus artículos periodísticos. Por otra parte su interés por la cinematografía también le distrajo muchas horas que pudo haber dedicado a escribir otras novelas para incrementar su obra y alargar su renombre. Pero Jenaro parecía no darse cuenta de las infinitas posibilidades de su inagotable ingenio humorístico y de la originalidad de su primer imaginativo. Los dos últimos años de su vida, aparte de los largos períodos en que únicamente dedicóse a pintar, los pasó urdiendo tramas para películas, de las cuales dejó dos magníficos "guiones", de tanta calidad cinematográfica y novedad de concepción que hasta ahora no han sido llevados al celuloide, porque seguramente han desconcertado a los directores de Compañías. Su afición al cinematógrafo arrancaba de los años de la pantalla muda. A este respecto es curioso anotar que "El Socio" fue primitivamente un guión de película que escribió a petición de Jorge Délano.

"EL PAQUETE DE VELAS"

Jenaro Prieto sólo se decidía a escribir como medio de librarse de sus fantasmas interiores, cuando su incansante imaginarles peripecias le impedía pensar en otras cosas; en cambio, ponerse frente a una tela con la paleta bien cargada de colores y los pinceles en la diestra, era para él la tarea más grata y le ocupaba muchas horas del día.

Junto al Santa Lucía en la calle Victoria Subercaseaux, Domingo Calvo Mackenna construyó hace ya bastantes años un edificio relativamente estrecho para sus cuatro pisos de altura que primitivamente hizo pintar de color azul intenso. El último piso lo destinó Domingo Calvo, que además de arquitecto es pintor y autor de inventos trascendentales que en caso de aplicarse en grande escala revolucionarían la ciencia de la navegación, a talleres. Un pilluelo a quien un día le daba Domingo las se-



Jenaro Prieto visto por Coke

nas para que llevara un paquete al taller y exclamó como si se tratara de una denominación muy divulgada: — “Ah, ya se, patrón, tengo que ir al ‘Paquete de velas’. Desde entonces quedó bautizado con este nombre el azul edificio de Victoria Subercaseaux.

En aquel piso, especie de refugio “montmartrois” en pleno Santiago, pasó los últimos diez años de su vida, pintando, modelando estatuillas, o simplemente haciendo “monos”, Jenaro Prieto, bajo la vigilancia y el severo estímulo, — así al menos lo creía él —, de Domingo Calvo, que era como el hermano mayor de todos los contertulios que allí se reunían a la hora del té.

Como tenía el presentimiento de que sus días estaban contados, Jenaro los pasaba en la forma que le era más agradable, y mejor le hacía olvidarse de sí mismo, pintando.

Se podría no digo escribir un largo artículo, sino hacer una novela con los personajes y las cosas que solían ocurrir en aquel piso de “El Paquete de Velas”. En un tiempo sucedieron allí hechos extraordinarios de orden psíquico, fenómenos de espiritismo tan asombrosos que un miembro del Instituto de Ciencias Ocultas de París quiso ir a tomar fotografías de la casa y el taller donde manos diabólicas aparecían en los muros durante las sesiones, las ampolletas de la luz eléctrica se apagaban solas, y los cerrojos de las puertas se corrían sin que nadie los tocara. Todo gracias al negro de humo con aceite, y a sutiles alambres de “huache” para cazar conejos.

.....
 Ahora la soledad es habitualmente la compañera que tiene mi viejo y grande amigo Domingo Calvo a la hora del té. De aquel grupo de amigos entrañables la muerte se llevó antes que a Jenaro, a Ramón Infante, y a Luis Gandarillas Pereira. Sólo quedamos Domingo Calvo, Pedro Prado y el que estas líneas escribe. Dios sabe con qué secreta melancolía.

—“Fuimos demasiado felices en nuestra camaradería. Pasamos horas inolvidables de comprensión y buen humor. No podía haber mayor cariño y aprecio entre hombres que el que nosotros nos teníamos. Esto no podía durar más años”. Es la conclusión con que trata de consolarme y de consolarse Domingo Calvo, cada vez que le voy a ver. Lo hago muy de tarde en tarde porque siempre me resulta como hacer una visita de pésame. No sabemos sino hablar de nuestros muertos. Para espantar la emoción, Domingo suele recordarlos bajo los aspectos que les eran menos favorables según él.

—“¿Qué par de desconsiderados más grandes! No tenían seriedad para nada ni para nadie. Lucho entraba como tromba al taller gritando, ¿dónde está Domingo?; pero el que me sacaba más rabia era Jenaro que llegaba con su aire de chiflado, silenciosamente sin que yo lo sintiera, y de repente me lanzaba socarronamente su saludo: — ¿Qué dice el inventor? Me daba tanta rabia — concluye Domingo — que lo retaba sin compasión”.

Ambos nos reímos recordando la escena habitual; pero de pronto nos callamos porque nuestras risas suenan huecas, en los rincones del polvoriento taller.